



12 poemas

Verónica Yattah
Seudónimo: Elis Molina

Verónica Yattah nació el 1ro de Febrero de 1987 en la Ciudad de Buenos Aires. Participó en los talleres de Abelardo Castillo y Enrique Solinas. En 2005 fundó el Grupo Literario Alejandría (www.grupoalejandria.blogspot.com) con quienes confeccionó la antología "El impulso nocturno". Actualmente cursa la carrera de Letras y prepara la publicación de su primer libro, que será de poesía. Algunos de sus poemas figuran en www.ellasaltalaespumadelasolas.blogspot.com).



En la ciudad se extinguen rituales,
sonido moneda en el agua,
deseos mínimos.

Si no muere hoy
que venga hacia mí,
a comer frutillas muy rojas
en el parque.

Se camuflan rumores, en la ciudad.

Sólo de noche percibimos
el llamador de ángeles.



Era común
que la abuela
besara mis pies.

Yo me hundía
en la alfombra pelos tupida,
el baile,
tocadiscos extraño
el de mi abuela;
viejo, antiguo,
funcionando
como ella
que no dormía
la siesta
para hacernos bailar.



Un jardín,
una mesa vacía,
platos manchados que no pueden lavarse.
También ajaduras.

El viento sacude el mantel
(no limpia los platos)
Las migas de pan se desplazan.
De noche puede incluso que llueva.

Llueve.

Ni el agua borra estampas
“nada es incurable” – solías decirme.

El viento sacude las hojas,
caen sobre el plato.

Hay rastros que no pueden borrarse.



En casa ajena
sábado a trasluz
cuido gato no mío
que me mira
como preguntándome
¿es este tu lugar?
¿hay lugar donde estar?

Ya noche seguimos igual:
sus ojos en los míos
se dilatan y contraen.

Cuando la línea es ya delgada
decido irme a casa,
a caminar por la ciudad.



Lo sombrío de la noche
está adentro,
en los cáncers – pensamientos.

Son los miedos.
Es la bruma.



No hago pie en esta agua.
Resbalan opulencias,
en el agua.

Un cristal alumbra la noche
(el búho no está solo)
Resuenan
los roces de la araña,
el amor de los tigres,
el miedo del león.

Se reúnen en el agua
vampiros y águilas.
Para sentirse sin mirarse.
Para olerse mejor.



Estoy empapada de olores,
perfumada.

Húmeda de deseos,
comer sandía roja
escupir sus semillas
en el pasto.

Y que crezcan árboles
de sandía sólo para mí
y para los míos
también pastos y sombras,
mar en invierno,
no sólo cemento.

Mar
para ver el agua que avanza y retrocede
y vuelve todo espuma.



En la selva
enloquecen mariposas y tucanes,
incluso sonidos se dilatan.

Una es y no es parte,
se teme todo lo extremadamente húmedo:
el hijo por venir,
no hacer pie en el agua,
la savia de los árboles.

Las tormentas en el campo
son otra cosa:
el rayo no asusta:
excita lo que llega sin previo aviso.



El caballo deja el temor
para más adelante.
Al caballo no le asusta
el campo abierto,
el monte,
las estrellas de noche.

Me subí a este caballo
para no volver
y para no llegar.
Él lo sabe y por eso

Galopa
 Galopa
 Galopa

En el fondo no hay nada.
Ahora:
viento frío,
su piel y la mía
roce rotundo, perfecto.

No aceptamos más que
un mar en el final,



sonido de olas calcado
de otros mares,
de otras olas.
No aceptamos más que nuestro encuentro
y este viento sobre la cara.

No sólo el bosque
hace hundir mis pies.

También recostada,
eucalipto,
sonido de mar
que de noche da miedo
y de día
ganas de no regresar.

Ahora toco con las puntas
arena seca, trascendental.

Sí hago pie en esta agua.



De regreso a ninguna parte,
camino.
Miro las baldosas,
sus líneas.
“Debajo del asfalto hay arena”,
leí una vez.
Era un graffiti o una postal,
algo pasajero que quedó
o no quedó en mí
pero que ahora recuerdo
a la vez que me pregunto
si tiene que haber siempre
algo debajo de otra cosa,
si el mar puede soportar tanto.



En la arena
se desdibujan
figuras de la infancia:

corazones y árboles,
barriletes.

La madre y el padre,
el hermano,
un perro.



